

## FRANCO EN LA REVISTA DE TROPAS COLONIALES

por EUGENIO DE SANTOS RODRIGO

Comandante del Servicio Histórico Militar

Sabemos que en el verano de 1923, un grupo de militares se reúnen en un despacho de la plaza de Ceuta. Son ya famosos, conocidos, con renombre. En sus hojas de servicio se cuentan muchos días de combate, de algunos diría que años. Es un grupo entusiasta que se resiste a caer en el clima de desaliento que cubrió a España a raíz del desastre colonial del 98.

Verdaderamente el panorama político no era muy alentador, pues al abatimiento colectivo, sucedió un repliegue espiritual, un encerrarse en sí mismos, con total despego hacia toda política que incluyera un mínimo de aventura colonial. Nadie duda que había que regenerar a España. Se conocían los males, pero no se llegó a un consenso nacional para remediarlos. Se dividieron los españoles en estériles partidismos, impidiendo que surgieran los hombres de Estado, que la hora histórica reclamaba. Los problemas interiores no se resolvían, por falta de estabilidad de los gobiernos, incapaces de desarrollar su programa al carecer de la continuidad indispensable. La agitación social era continua, con la amenaza constante de la huelga revolucionaria.

Por si no fuera bastante comprometida, triste y amarga la situación política, en Melilla se producen los desafortunados sucesos de 1909. El telégrafo martillea el nefasto nombre del Gurugú y del Barranco del Lobo. Cierta prensa explota el revés militar, atacando la acción de España en Africa. El abandonismo es una idea que se agita por los extremistas. Se va creando una opinión antimilitarista y contraria a la guerra. Opinión que estallará violenta con resplandores anarquistas durante la Semana Trágica de Barcelona.

Pero hay compromisos internacionales, a los que no se puede renunciar, y el Ejército consciente de ello, cumple con su deber, aunque se vea desasistido e incomprendido. Pero aún tendrá que pasar por el viacrucis de Annual y el expediente Picasso. Se sientan en el banquillo de los acusados insignes soldados. Se procesa a Berenguer.

Pero volvamos a nuestros ilustrados militares que emplean sus socios guerreros para hablar, del apasionante momento español, en

un despacho de Ceuta. Son espíritus cultos, inquietos, preocupados por la política marroquí que desarrolla el gobierno, sin garra, sin nervio, de alcances cortos, mediatizada por un antibelicismo abandonista que ha ganado a figuras muy representativas de la vida nacional. Corre septiembre de 1923. El golpe de Estado del general Primo de Rivera es bien recibido en Africa al conocer el firme propósito del Directorio de acabar con el problema marroquí, al que dedicaría atención preferente.

En este ambiente de expectación y de confiada espera, surgió la idea de fundar una publicación periódica, *Revista de Tropas Coloniales*, propagadora de estudios hispano-africanos, que orientara a la opinión deformada y estimulara una mayor comprensión por la misión protectora que nuestra posición geográfica y la historia había encomendado a España, reconocida en tratados internacionales. La idea ilusionada se materializa en la reunión fundadora de 4 de noviembre de 1923, según acta que se levanta al final de la sesión (1).

El primer número de la revista saldría en enero de 1924, con el general don Gonzalo Queipo de Llano como Director, entonces Comandante General de Ceuta, figurando el teniente coronel Jefe del Tercio, don Francisco Franco, en el consejo de dirección, alma de la revista y el más brillante del equipo de fundadores. Al comandante de Infantería Valdés Martell se le reservaría el puesto de redactor-jefe y al capitán de Artillería Martín Alonso la dirección artística.

En la revista, que tenía un estilo puramente castrense, Franco se iniciaría como articulista, género que no abandonaría y practicó en otras épocas de su vida. No hay la menor duda de que sus artículos eran leídos con interés y se esperaba con expectación, lo avalaban su prestigio y su manera de plantear la cuestión, directa e incisivamente (2). El que apareció en abril de 1924 con el título *Pasividad e inacción*, levantó polvoreda en las altas esferas. Era una crítica a la política de atracción pacífica en el Protectorado, predicada y practicada por ciertos sectores políticos, cuando lo que se reclamaba era una victoria militar que llevase a una pacificación del territorio, tras un desarme total de los rebeldes sometidos.

No era la primera vez que su prosa vehemente, hiciera arrugar el entrecejo de dignísimas autoridades. Siendo comandante y estando con su Bandera en Xauen, quiso replicar con un artículo a algunas ideas de espontáneos organizadores, que con más atrevimiento que

(1) Según testimonio de Cándido Lería, redactor de los primeros tiempos («Africa», marzo 1949).

(2) Victor Ruiz Albeniz, «El Tebib Arrumi», colaborador y representante de la *Revista de Tropas Coloniales* en Madrid, recibido en audiencia por Alfonso XIII, relata que hojeando un número de la revista, que le ofreció el famoso periodista, se detuvo un momento ante una conocida firma, exclamando: ¡Hombre, un artículo de Franquito...! Lee, y «en la cara del Rey, se va esfumando la sonrisa placida». Era el titulado *Pasividad e inacción*, que dio mucho que hablar («Revista de Tropas Coloniales», mayo 1924).

sabiduría pretendían introducir en el Ejército, con grave quebranto de la interior satisfacción de la oficialidad de Africa, que no veía reconocido ni estimado su ideal de romanticismo profesional. Franco sale en defensa de aquella oficialidad sacrificada y entusiasta, acreedora de justa recompensa por sus méritos en campaña. Era su primer artículo, enviado al *Memorial de Infantería*, que no sería publicado por considerarlo acaso, advertencia de arrogantes exigencias. Se titulaba precisamente *El mérito en campaña* y lo incluiría en el Diario que prologó Millán Astray, quizá para sacarse su primera espina literaria.

Franco fue asiduo colaborador desde el primer momento, y no desmayó su entusiasmo cuando azares de la vida militar, contrariedades penosas en la Dirección y pérdidas sensibles de algunos de sus redactores, puso en peligro la existencia de *Tropas Coloniales*. Queipo de Llano pierde el mando de la Comandancia de Ceuta y destinado a Cádiz cesa en la dirección de la Revista. A partir del número 7 de la publicación correspondiente al mes de julio, se encarga de la dirección, a título honorífico, el general don Luis Bermúdez de Castro y Tomás. En septiembre sale el último número. Pero *Tropas Coloniales* no muere. Tres meses más tarde, en enero de 1925, se inicia la segunda época, con nuevos bríos y juventud. Ha ganado en presentación y lujo editorial. Su Director: Francisco Franco Bahamonde, el ya legendario teniente coronel del Tercio, por poco tiempo, pues en febrero es ascendido a coronel por méritos en campaña. Es la época que Franco se vuelca en la Revista y su nombre aparece con regularidad, en artículos y cartas abiertas al Rey. De un total de veintinueve artículos que escribe en *Tropas Coloniales* y su sucesora *Africa*, trece los escribirá en 1925 y siete en 1926. Su ascenso a General no le aparta de la dirección de la ya titulada *Africa*, aunque conservará el subtítulo de *Tropas Coloniales* hasta julio de 1932, al mismo tiempo que deja Franco la dirección, sucediéndole Antonio Martín Escalera, un viejo veterano y colaborador desde los primeros tiempos. Nuevas responsabilidades y preocupaciones le obligan a espaciar sus colaboraciones, a suspenderlas durante años, siendo su último trabajo el aparecido en febrero de 1933 con el título de *Ruud... Belek!* que envió desde La Coruña, con la intención de alertar las conciencias, ante la actividad comunista en los países sujetos a protectorado, halagando los nacionalismos con invitación a la insurrección. Es una llamada al celo y energía de las autoridades, un toque de atención para que no se descuiden aspectos tan importantes como la selección, calidad y recluta de la oficialidad que forma los cuadros de mando del Ejército de Africa.

Aunque son veintinueve los trabajos aparecidos con su firma en la *Revista de Tropas Coloniales* y su heredera *Africa*, no descarto que algunos editoriales y desde luego el prólogo del núm. 1 con que abre la segunda época, fueran obra de su director. El citado prólogo es un bello gesto de compañerismo, un recuerdo evocador de aquellos compañeros que hicieron posible la revista y encontraron la muerte en el

combate en una tierra que tanto amaron, como Valdes (3), Martí (4), Amil (5), Guallart (6), Serrano Orive (7), Javier Ramos (8), para todos tiene una palabra justa, cariñosa, inteligente. Este compañerismo es la virtud que se inculcaba y que se practicaba en el Tercio, bajo promesa caballerescas. Volveremos a encontrar este noble rasgo en el *Diario de Alhucemas*, que comenzó a publicar en septiembre de 1925 y continuó apareciendo en los tres números siguientes. Es una crónica de la epopeya del desembarco, muy emotiva, donde la narración de las operaciones se inflama con lirismos apasionados, escrita en caliente, en las pausas que el fragor de la lucha permite, con todo el ardor de una vivencia fresca. Avanzan los legionarios con fiera acometividad, se deslizan los harqueños hacia los objetivos previstos, ondean las banderas sobre las crestas rifeñas y de repente se detiene para el elogio encendido de un oficial muerto, para el compañero que empapó con sangre generosa las arenas de la Cabadilla o los repechos de Malmusi. Héroe que no quiere permanezca en el anonimato, o recogidos en un escueto, frío y oficioso parte de bajas. Les nombra y cita, para enaltecer y perpetuar su gloriosa memoria. Oficiales de modesta graduación rescatados para la historia militar de las campañas de Africa. Sus nombres irán siempre unidos a los laureles de Alhucemas: Bencansa «el capitán de las audaces gallardías», Pérez de Lema, Elizagárate, Zabalza, Cardeñosa, el bravo comandante Borrás, los intrépidos y valerosos tenientes Espinosa y Casado. Son los oficiales que distingue Franco con emoción y ternura literaria.

Pero no será en el *Diario de Alhucemas* donde Franco consiga sus mejores calidades literarias, no era el momento muy adecuado, ni creo lo pretendía, a pesar de una narrativa muy periodística, que se aleja del frío lenguaje de un diario de operaciones, y alcanza el mérito de impresionar emocionalmente al lector. Donde Franco descubre su verdadera vocación de escritor, es en el artículo que titula *Xauen, la triste* (julio, 1926). Parece extraído de un diario de guerra, que no llegó a publicar. Es, sin duda, el artículo literariamente más lo-

---

(3) José Valdés Martel, comandante de Infantería, muerto a consecuencia de heridas recibidas al frente de la harca Abd-el-Malek en Cudia Amegar, pista de Buharrax, el 6 de octubre de 1924. Primer redactor-jefe de la *Revista de Tropas Coloniales*.

(4) Luis Martí Alonso, capitán de Artillería muerto en la pista de Buharrax el 6.X.1924.

(5) Abelardo Amil de Soto, comandante de E. M., murió el 31 de agosto de 1924 en Ras Buturaka.

(6) Manuel Guallart Martínez, teniente de la Legión, murió al frente de sus legionarios en Xauen.

(7) El general Serrano Orive murió en Xarquia Xeruta el 19 de diciembre de 1924.

(8) Javier Ramos Winthuysen, capitán de Caballería, murió en el hospital de Larache a consecuencia de una fuerte insolación sufrida en las operaciones de Maida del día 25.IX.1924.

# REVISTA DE Tropas Coloniales

Propagadora de Estudios Hispno-Afrtoanos

Año I

CEUTA FEBRERO 1924

N.º 2



M Bertuchi.

Núm. suelto: 1'25 Ptas.

Portada del segundo número de la Revista de Tropas Coloniales.

El General Franco  
y la «Revista de Tropas Coloniales»



A mi querido amigo y admirado <sup>artista</sup> ~~artista~~ <sup>artista</sup> Mariano Bertuchi <sup>MADRID</sup> cuya pluma  
maestra tanto nos ilustra y deleita con  
sus apuntes en toda simpatía y afecto

*[Signature]*  
Leute Febrero 1926

La Revista de Tropas Coloniales felicita a su Director por su ascenso a General y publica su foto dedicada: A mi querido amigo y admirado artista Mariano Bertuchi cuya pluma maestra tanto nos ilustra y deleita con sus apuntes, con toda simpatía y afecto.

grado, por su estilo, a veces azoriniano en las descripciones, y por lo bien construido. El escritor relata sus últimas horas en Xauen, un día de otoño de 1924, prevista la retirada del Ejército, por imperativos de la guerra, y exterioriza el estado de ánimo de aquellos momentos, la pesadumbre de abandonar algo querido y antes de dejar la ciudad, quiere retener el silencio de sus calles tortuosas y estrechas, la expresión de unos rostros conocidos, el detalle de los vestidos, la blancura de los jehiques femeninos, el pintoresquismo de hombres y mujeres, que forman la población ambulante, alegre y aventurera que acompaña a las tropas corriendo su suerte. Capta el dolor, la tristeza, la despedida apenada, la melancolía de la partida, para alimentar gratos recuerdos, añoranzas y fuertes nostalgias del escritor.

Pero Franco es ante todo y sobre todo un militar que lleva muchos años en Africa. Es el militar experimentado, que ha contrastado los estudios teóricos de la academia toledana, las lecturas posteriores de competente oficial que siente amor a su carrera, con la práctica diaria del continuo guerrear. Conoce las enseñanzas que ha proporcionado la primera Guerra Mundial y que han divulgado comentaristas y tratadistas del arte militar. Pero sabe lo que puede aplicarse y lo que hay que desechar de los reglamentos puestos al día por los teóricos tratadistas, en esta guerra africana, de características especiales. Así, en una serie de artículos desarrolla su pensamiento militar, acreditándose como un capacitado oficial, conocedor de su profesión. Ha sabido armonizar el pensamiento y la acción. Estudioso de los reglamentos y de los últimos textos castrenses, da las lecciones de táctica sobre el campo de batalla, la mejor escuela de mandos. Sus experiencias las divulga; orienta, aconseja, crea doctrina. «Es el terreno señor en el combate y arma poderosa que acercará la victoria a quien mejor sepa utilizarlo... elemento poderoso en el que la maniobra se apoya y esta es el alma de la acción». Son palabras de Franco recogidas de su artículo *La Maniobra* (febrero 1924).

La vieja táctica que practicaban los soldados de ros y traje blanco ha sido borrada del cuadro africano. La ciencia y el progreso tecnológico, han proporcionado materiales y artificios de fuego, que han revolucionado el arte de la guerra. Aprovechémoslos, dice Franco, para no desgastar al soldado en sangrientos combates, que pueden evitarse con el buen uso del material, lo afirma en *Artificios de combate* (mayo 1925). En otros artículos: *El empleo táctico de la Artillería* (enero 1925), *Necesidades sobre material y fortificación* (abril-mayo 1926) y *Reformas necesarias* (noviembre 1926), recoge sus experiencias y las brinda al mando. Sabe lo útil que es el fuego artillero, pero sólo si se emplean determinados materiales y proyectiles, atendiendo al terreno y objetivos y a las modalidades especiales del tipo de guerra que se practica en Marruecos. Reconoce el valor de la fortificación y el sistema más conveniente. Proconiza los discutidos carros de combate, con perfeccionamientos a introducir para aumentar los rendimientos. De-

fiende el empleo de los morteros, dadas las características del terreno y modo de combatir de los rifeños, a los que conoce (*La guerra en Marruecos*, julio 1925), y valora con la objetividad que da la experiencia.

Y por encima de todo, Franco tiene práctica de mando. Conoce al soldado. Sabe las causas que hacen y mantienen la calidad de las tropas (*Las unidades coloniales en el combate*, mayo 1924), y las expone con la autoridad indiscutible de un bien ganado prestigio de caudillo militar. Analiza las características de las unidades indígenas —mehalas, harcas, regulares—, tanto las positivas como las menos favorables, sin halagos, sin recriminaciones, para hacer buen uso de ellas con el mayor rendimiento en las misiones que son más aptas. Cuando llega el turno a la Legión extranjera, no oculta sus preferencias, es «el nervio del ejército colonial». Su impresionante historial es testimonio de la arrogante acometividad, del arrojo hasta el sacrificio, como valores supremos de un código de honor legionario. El elogio de Franco es justamente merecido y siempre disculpable si hay exceso de cordialidad en sus frases cuando trata de la Legión, pues al fin y al cabo, él sopló sobre barro humano y salió una aristocracia de la milicia.

La permanencia de Franco en el Ejército de Africa es dilatada. Año tras año fue conociendo Marruecos, amando a Marruecos. Fue un defensor de la acción española en el norte africano, de acuerdo con los tratados internacionales que nos comprometían a ejercer la tutela en el territorio marroquí asignado. Las posturas derrotistas, eran un olvido a nuestro pasado civilizador y una renuncia a un futuro de progreso africano del que España no podía estar ausente, como europeos y como vecinos más próximos sin poner en entredicho nuestro respeto internacional, con el evidente peligro de que otra potencia ocupara el vacío que nosotros dejáramos. Se había llegado a desenfocar el problema marroquí, creando una opinión pública deformada, manteniendo la creencia de que el Ejército permanecía en Africa para practicar un deporte peligroso y de paso ganar ascensos y medallas, sin acabar nunca con los montañeses rifeños, unos pintorescos moros de chilaba y espingarda. Franco sale al paso de esta equivocada opinión que desprecia a un enemigo de admirables cualidades guerreras, bien armado y sabiendo combatir. Desvalorizando al enemigo se rebajaba la gloriosa empresa española, que soportaba el Ejército a costa de su sangre, en una guerra que debía ser de asimilación, de castigo pero sin despertar odios, pues el enemigo de hoy debía ser el aliado de mañana (*Los mandos*, enero 1924). Con esta idea se ha de ejercer el mando en Africa, tanto el militar como el político, completamente identificado con el sentir marroquí.

En otro artículo vuelve a insistir en un conocimiento más profundo del pueblo protegido (*Una obra necesaria*, febrero 1925), en su historia, costumbres, religión, y en cuantos aspectos sociales y económicos sirvan para enriquecer la preparación tanto de oficial como del funcionario civil empleado en la administración indígena. Este

es el ejemplo que nos da Francia, con la acción divulgadora de su política protectora y que recoge la *Revista de Tropas Coloniales*, al ampliar la temática de estudios africanos, con propósitos semejantes.

Su preocupación por la pacificación del territorio le llevará a defender la colaboración franco-española para terminar con la rebelión rifeña (*La guerra en el Rif*, agosto 1925), no sólo en el campo militar, sino también en el político, pues comprende que la suerte de ambas zonas está íntimamente ligada y es preciso un entendimiento leal y desinteresado. Fruto de aquella colaboración deseada fue el desembarco de Alhucemas, principio del fin de una agotadora guerra.

Muchos fueron los obstáculos para alcanzar la victoria militar que trajese la paz indispensable que permitiera ejercer el protectorado, y entre todos, no pasó inadvertido para Franco el problema que supuso el enclave de la zona internacionalizada de Tánger, protectora de todo tipo de traficantes de armas, nido de intrigas, desde donde se alienta la agitación en el Anyera. Esta amenaza de Tánger como foco de subversión lo denuncia en diversos artículos (*Tánger*, febrero 1925) (*Mirando a Francia*, junio 1925) (*La guerra en el Rif*, agosto 1925) que volverá a recordar terminada la guerra, y es lo que le anima a recomendar las mejores relaciones con Francia en el plano político, ya que fue tan eficaz en el militar, para neutralizar el potencial peligro tangerino siempre latente para la seguridad y tranquilidad del Protectorado.

Conseguida la pacificación con un desarme total de la zona sometida, vuelve sus preocupaciones a los temas de política indígena (*Paz y desarme*, enero 1926), para llevar a efecto la labor civilizadora de España. Sus ideas de organización, sus planteamientos de lo que debe ser una buena política interventora, los expone (*El principio del fin*, junio 1926), con la íntima satisfacción del que corona una obra conseguida con esfuerzo y sacrificio (*Facetas de Protectorado*, diciembre 1926), (*La paz y el Tertib*, febrero 1928).

En tres ocasiones, Franco escoge el mes de mayo; en 1925, 1927 y 1928, para dirigirse a un lector de relevante categoría: Al Rey Don Alfonso XIII. Son tres cartas abiertas, en las que el director, aprovechando las fechas conmemorativas de la elevación al trono y del cumpleaños del Monarca le dedica un recuerdo fervoroso al mismo tiempo que expone los propósitos de la Revista, que no son otros sino la defensa de los intereses de la Nación comprometida en una misión civilizadora y fiel seguidora de un mandato histórico irrenunciable. Esta es la autoridad moral que sostiene al Ejército español en territorio marroquí, cumpliendo con el sagrado deber de mantener el decoro de España en el concierto de las naciones, sin escatimar la sangre de los más ilustres de sus soldados. Franco agradece al Rey la confianza con que respaldó la ilusionada empresa de *Tropas Coloniales*, con la satisfacción de sentirse identificados y compartir las esperanzas regias. Esperanzas que un día fue dichosa realidad y con

la paz se dilataron las fronteras, y se llevó el progreso a un pueblo, unido a nuestra historia con vínculos de cultura y de sangre. Las tres cartas al Rey, son la síntesis del pensamiento de Franco sobre la acción de España en Marruecos, la fe de un Ejército, la esperanza en las virtudes de una raza de glorioso pasado y el fruto de unos anhelos históricamente mantenidos.